



LA MODERNIDAD EN EL GRABADO DE CARMEN AROZENA

A dentrándonos en la técnica gráfica y la temática empleadas por Carmen Arozena Rodríguez (Santa Cruz de La Palma, 1917-Madrid, 1963), encontramos tres momentos en la evolución de su obra grabada: la primera etapa ocupa casi una década -los años comprendidos entre 1946 y 1954- en los que trata temas intimistas con una factura aún figurativa. En estos años de aprendizaje abundan los clásicos procedimientos en sus grabados. La segunda etapa abarca apenas cuatro años -desde 1955 a 1959-, ahora su lenguaje plástico da un giro expresionista más adecuado para tratar, con técnica depurada e innovadora, los temas sociales que describe y tanto le preocuparon. En 1957 viaja a Francia, lugar en el que vive el ambiente de posguerra mundial y dedica gran parte de su tiempo a visitar exposiciones y a asistir al *Atelier* parisino del profesor Stanley W. Hayter, el prestigioso grabador y pedagogo que en 1946 revolucionó el ambiente artístico al descubrir el nuevo y complejo procedimiento de entintado, denominado *Roll-up*. La tercera etapa y última, le ocupa el lustro comprendido entre el año 1959 y la de su óbito ocurrido en 1963; fechas estas últimas en las que alcanza importantes logros en el procedimiento gráfico al descubrir un método por el que, superponiendo planchas consigue crear diferentes grabados que ordena y desordena caprichosamente como un puzle, organizando nuevas obras con tan solo variar la posición de los elementos y su estructura compositiva.



Carmen Arozena: Cáncer, cuarto signo del zodiaco. 1959

Hacia los años setenta comienza a bajarse en España sobre soportes de cartón, un material asequible que ya la artista había usado la década precedente con afán investigador, adelantándose con ello a las propuestas procesuales de la época y sirviendo de referencia a otros grabadores nacionales. El soporte de cartón grueso y duro lo imprimaba con pinturas y colas, antes de ser incididos con buriles. En esta última etapa avanza la artista en el asunto de desvalidos, con una obsesiva tendencia a la mecanización geometrizable del ser humano al que representa como sofocantes piñones de una aterradora maquinaria omnipotente, ensordecedora, unificadora..., metáfora de la moderniza-

ción. También se ocupa de la recargada serie titulada *El Zodíaco*, delicadamente atendida y exquisitamente ejecutada, en la que se coloca a medio camino entre la estampación y la pintura, logro alcanzado con sus monotipos de colores cálidos y de gran formato.

En la obra grabada de ésta artista subyace un contradictorio sentimiento de tragedia y de paz interior, una vía sin retorno que desemboca en la fausta muerte. La carga de la contienda española que vivió la artista en Madrid impactó en ella, abandonándose, desde entonces, a un eterno desasosiego. Este sufrimiento quedó reflejado en su *Serie de Guerra* que cuenta con personajes desnudos, de ropa y de todo lo



demás, a los que pone títulos tan descriptivos como *Los Ajusticiados*, *Los Torturados*, *Los Maltratados*... que suponen retazos de amargura, imágenes de la humanidad apaleada de un mundo que, ya perdidos sus objetivos, incide en la mutilación y en el impacto producidos. En sus personajes de rostros genéricos conviven la fatiga física con la fortaleza espiritual como binomio en constante tensión de seres leves, apenas dueños de sus héticas existencias. El reflejo posterior de la colisión desemboca en una expresión subjetiva con temática de soledad e infortunio, con aplicación violeta del color, también del negro como expresión de luto y de lo que aguarda al hombre tras la muerte. Todo lo cual no fue óbice para que su obra no se proyectase en la modernidad entendida desde la subversión, desde la particular rebelión y el hondo pronunciamiento en favor del ser humano, en contra de la iniquidad partidista, del éxodo y el genocidio a menudo justificados en la diferencia étnica; en las interpretaciones religiosas, en el reparto de bienes o en el lucro. Los personajes de Arozena viven permanentemente al borde del abismo, presentes en el eco de la causa de las mujeres argelinas y pakistaníes, en el de las niñas mutiladas del mundo árabe y asiático, en la intolerancia croata, palestina, iraquí; en la ausencia de los derechos civiles a la vida, la libertad e integridad física en el Congo, Nicaragua, Sudáfrica...

Los temas a los que Carmen Arozena dispensa especial cariño: los del mundo femenino, la maternidad y la infancia; la religión y la meditación. Y no es casual que sean estos teniendo en cuenta que ella los encarnaba a todos. Temática que relaciona a la madre-naturaleza identificándola con la raíz, con la vida física y espiritual; y desde otra vertiente menos amorosa a la madre terrible como sentido y figura de la muerte, ambas igualmente fecundas. Así en su obra titulada *La Noche* retrata a una nodriza, que encarna a la madre protectora, con un ramillete de vástagos de diferentes edades que personifican la sucesión del tiempo, el péndulo de la vida. Apasiona a la grabadora el milagro de la

vida visible y oculta del ser humano y el desenlace o lo que espera al hombre tras el umbral de la muerte. Buceando en la significación de su iconografía, *La Ciudad* asimismo también conduce a una lectura maternal, pues ésta es comúnmente personificada como matrona, expresado desde el aspecto dominante de la madre. La iconografía de *Cristo*, *La Virgen* y *Los Santos*, queda en ella siempre entendida como una opción enriquecedora del mundo interior. *La Crucifixión* es la clave de la contradicción y la ambivalencia en el par de contrarios que contiene la vertical y la



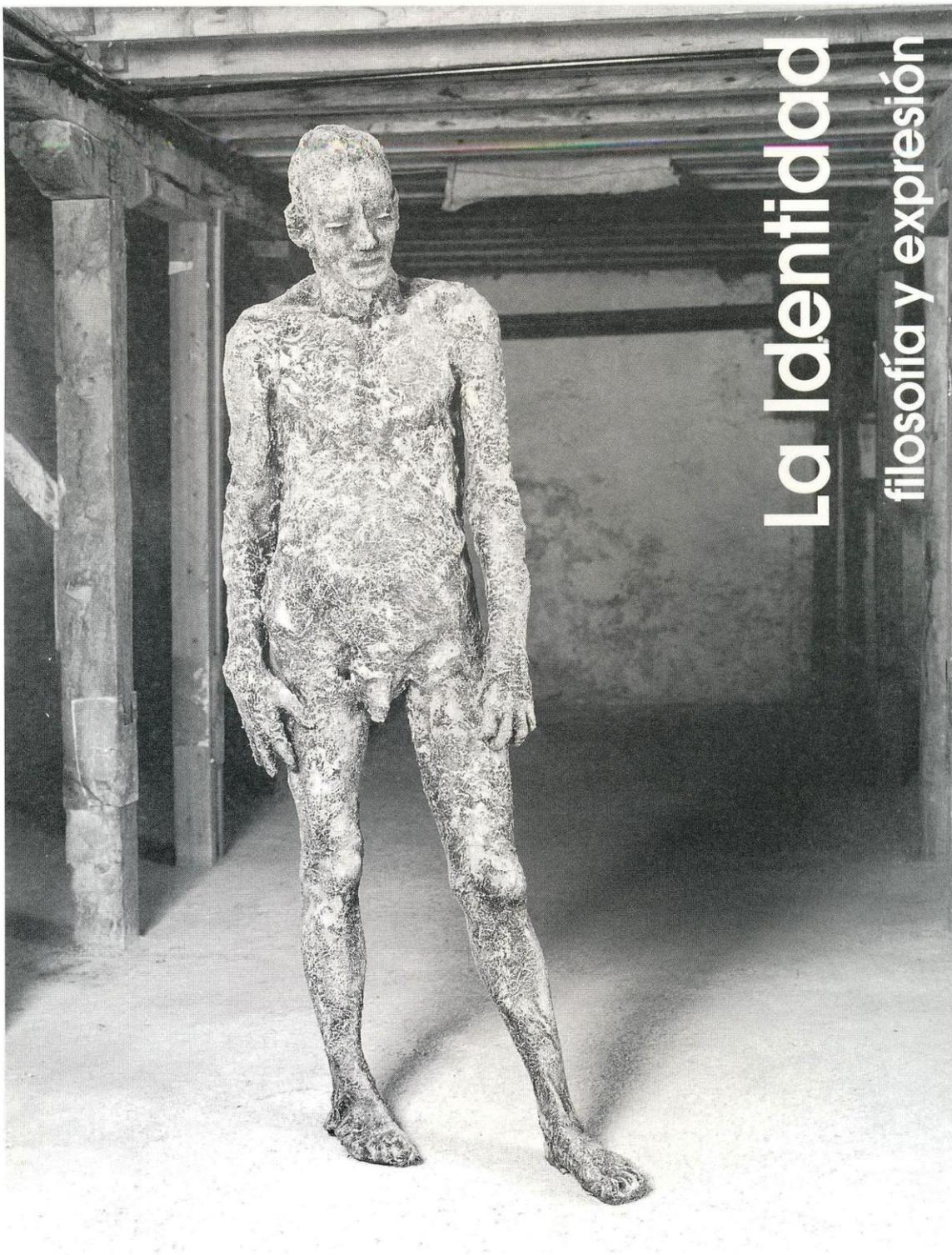
horizontal. Corresponden al mundo de la trascendencia y de la evolución espiritual la verticalidad, y la manifestación pasiva del mundo y el devenir en el madero horizontal. La cruz es símbolo de vida y muerte a la vez, de la vida tras la muerte. El martirio de *Cristo* en su paseo terrenal avanza paralelo a la agónica lucha cotidiana de los humildes protagonistas de la urbe, y sobre todo de los suburbios. Los santos se presentan como actores mediadores entre *Dios* y los hombres, dirigen súplicas o alabanzas a un dios que permite el sarcasmo, la extorsión, la angustia, los verdugos... Una religión muy particular la

que profesó Carmen Arozena convencida en la necesidad de cultivar el espíritu, un determinante potencial de su fuerza interior. Una obra que es reflejo de su opción positiva e independiente de cualquier sistema de dogmas.

La trayectoria artística de Carmen Arozena fue breve pero su aportación creadora amplia y valiosa. En su recorrido creador se suceden el compromiso estético, la metafísica, la ontología y la búsqueda de la libertad individual; también el hastío, la denuncia y la amargura, combinados con el deseo vehemente de cambiar la vida y de buscar nuevas dimensiones a la imaginación. A medida que evoluciona en su mundo creador desaparece el detalle en pro del movimiento. A medio camino entre la expresión subjetiva y la objetividad del impresionismo, con incurvaciones analíticas en la estructura de muchos de sus personajes, obtenidos con apasionamiento cromático y textual, y decidido gusto por la simbología de los elementos que planean, en ocasiones, entre la ambigüedad y el equilibrio crucial de tensiones opuestas. Así los pares de contrarios se suceden, albergando el día luminoso y cegador con la noche rotunda, habitáculo donde reina la absoluta imperceptibilidad. Actores con su faz seccionada en dos planos: uno blanco y otro negro, severa máscara del andrógino ser hijo del sol y las tinieblas; la infancia de la mano de la vejez, como la vida y la parca; el individuo feroz y el desvalido aunque para ella ambos sean dignos de lástima, los unos por ser

las víctimas y los otros por estar equivocados. Un intenso poder dramático en el contraste duro de luces y sombras que acentúan la sacudida inquietante, los miedos "kafkianos", la náusea "sartriana", la profunda metafísica de J.L. Borges, el dolor estremecedor de la pintura barroca; la hosca y sombría existencia humana representada genéricamente por Munch, por la rebelión de J. Joyce, por el incierto destino de Harry Haller el extraño y estepario personaje de H. Hesse. Un canto atormentado al dolor de todos los seres humanos, a la inmensa y conmovedora indefensión del individuo.

Carmen Arozena: Eva y Adán. 1959-1960



La Identidad

filosofía y expresión

La identidad

Escultura de Rosa Hernández realizada en escayola y resinas sintéticas a partir de un modelo natural.
Sala de Arte del Ateneo de La Laguna, junio 1998
Foto: Mauricio Pérez

DOSSIER
FILOSOFÍA